

Luis Núñez Ladevèze

Doctor en Derecho.

Licenciado en Ciencias de la Información y Filosofía y Letras

Fundador y ex-director de opinión de "*Diario 16*".

Asesor del Consejo Editorial de "*Ya*".

Catedrático de "Redacción" en la Facultad de Ciencias de la Información en las Universidades Autónoma de Barcelona y Complutense de Madrid.

No debe inquietar que, porque este Ciclo de mesas redondas sobre el tiempo abarque diversos temas, los asistentes encuentren la dispersión en lugar de la variedad. No hay riesgos de que eso ocurra con esta incitante iniciativa de la Biblioteca Nacional de convocar a los más selectos representantes españoles, y a algunos de fuera de España, de las distintas realizaciones humanas, para hablar de la manera como su actividad está dominada por el tiempo.

El tiempo, ciertamente, lo domina todo. Es una dimensión tan profunda de la condición humana, que no hay aspecto de ella que no esté medido por su inevitable tránsito. La propia palabra "tiempo" contiene en su interior tanta riqueza, que sus significados se multiplican. El diccionario distingue veintiuna acepciones diferentes. Si, además, hubiéramos de referirnos a las definiciones filosóficas o científicas, no habría posibilidad de dar cuenta de ellas.

Con razón, los más grandes filósofos aseguran que el tiempo tiene un valor trascendental que determina la existencia del hombre. "¿Qué puede existir duradero para quien conoce lo eterno?", se preguntó Cicerón en el libro primero de *La República*. "Pero, mientras, embebecidos con el amor, divagamos de esta suerte, el tiempo huye", contesta Virgilio en el libro tercero de *Las Geórgicas*.

"*Tempus fugit*", esa es nuestra realidad, la que enunció el poeta clásico. Si alguno conociera lo eterno, quedaría liberado del tiempo, y, con ello, también de su condición humana. La variedad de la temporalidad es inherente a su dominio. El tiempo huye, y, como el poeta insiste en ello, nos incita en esta presentación de un Ciclo sobre "*El dominio del tiempo*" a insistir con él en su misma idea: "El tiempo huye, huye para no volver".

Pero el espíritu humano no renuncia, en lo posible, a luchar contra esa limitación. Con tal empeño lo ha hecho, que ha conseguido inventar un modo de retener el tiempo. Fue el filósofo Platón el primero en advertirlo cuando, comentando en su diálogo *Fedro* el origen de la escritura, aseguró que el dios Tot la entregó a los egipcios para liberar a la memoria y a la sabiduría de los estragos producidos por la huidiza temporalidad.

Nada más a propósito que la Biblioteca Nacional para patrocinar un Ciclo de mesas redondas en las que se discuta sobre cómo el tiempo manifiesta su dominio en los más diversos productos del espíritu. Aquí, entre la variedad de los libros, donde la escritura, en el humilde silencio de la letra impresa, ejerce el único modo humano de resistir a ese tiempo que huye, es donde un debate, plural y reflexivo sobre "*El Dominio del tiempo*" puede tener un sentido unitario, creativo y duradero.

Comenzamos el ciclo de mesas redondas sobre “*El dominio del Tiempo*” con una primera experiencia que nos permite profundizar en la versatilidad de los significados que contiene la palabra “tiempo”. Pues bien, nuestra primera experiencia con el tiempo, que es física, nos permite hoy comprobar hasta qué punto es “huidizo” y “paradójico”. Yo temí que la veleidad del tiempo, tan propia de la casquivana primavera, pudiera desanimar al público de este Ciclo. Pero, al ver la sala tan concurrida, pienso si no habrá sido más un estímulo que un obstáculo.

Una primera consideración que tuvimos en cuenta al organizar este ciclo es que había de ser global. Se trataba de abordar un tema tan universal y polivalente que puede servir de referencia unitaria al conjunto de las diversas obras que se albergan en esta Biblioteca Nacional. Incitados por ese planteamiento, pensamos que la idea de “tiempo” respondía como ninguna otra a esa pretensión. La temporalidad es analógica en sus manifestaciones, es plural y diversa. Nos pareció que podía servir de pauta conductora para un Ciclo de mesas redondas que, siendo específico en cada sesión, fuese a la vez tan general que permitiese abordar cualquier tema que los conferenciantes y el público quisiesen considerar. Muy resumidamente, comentaré el tipo de preocupaciones que nos condujo a seleccionar los temas sobre los que versará cada una de las mesas del Ciclo.

TIEMPO Y NATURALEZA

Hasta hace un siglo, en que comenzaron a manifestarse rotundamente los efectos de la industrialización en el entorno de las grandes urbes, predominó la idea de que la relación del tiempo con la naturaleza y el medio ambiente era principalmente de tipo cíclico. En los últimos años ha cambiado completamente el panorama. Aunque el tiempo se manifiesta de forma cíclica, se han producido alteraciones que obligan a considerar otros aspectos, antes inimaginables, de la relación entre el tiempo y la naturaleza. Los efectos de una industrialización no siempre debidamente controlada han causado estragos profundos. Hoy día han surgido peligros nuevos, que la humanidad secular no hubiera podido imaginar, como el deterioro de la capa de ozono, el recalentamiento terrestre, la alteración del medio ambiente, el control de los efectos radioactivos derivados de la explotación industrial de la energía atómica... La preocupación por la ecología es todavía, en gran parte, más retórica que práctica, aunque la conciencia de que los peligros son acuciantes va avanzando.

TIEMPO Y UTOPIÍA

La demolición del “muro de Berlín” a manos de los propios berlineses puede considerarse el signo externo de un cambio que, en lo profundo, afecta a la transformación de las ideas. Lo que queda por decidir es si el hundimiento del régimen marxista fue no sólo el fracaso de una ideología sino también el fin de un modo específico de concebir políticamente la actividad humana. Hoy se discute si el proyecto ilustrado de construir una sociedad más igualitaria puede servir de modelo para la orientación de la acción política. Lo que se debate es si es posible alcanzar la utopía a través de la mediación de una ideología, si después de la última experiencia de aplicación política de ideas revolucionarias puede concebirse algún margen abierto a la utopía, o si cualquier pretensión utópica, por proponer al hombre un objetivo político en sí mismo irrealizable, resulta contraproducente. De hecho, las alusiones utópicas no han contribuido a aliviar los grandes problemas que padecen todas las sociedades, incluso las más democráticas y avanzadas, y allí donde se impusieron, el resultado ha sido desalentador.

TIEMPO Y SALUD

Gran parte de la población humana tiene hoy día unas expectativas medias de vida muy superiores a las de anteriores épocas. Son muchos los factores que se han combinado para que se produzca este generalizado efecto. Pueden enumerarse, entre otros, como principales: el auge de las ciencias bioquímicas y médicas, el desarrollo de la cirugía y la mejora social en las democracias avanzadas. Este aumento de esperanza de vida, aunque no en todas las sociedades del mismo modo, tiene consecuencias muy diversas. Afecta tanto a aspectos de organización de la sociedad, como a las actitudes psicológicas personales. La lucha contra la enfermedad ha producido una nueva mentalidad, una manera diferente de afrontar la vida, de comprender la salud como un valor específico. La vieja máxima *mens sana in corpore sano* se aplica en la actualidad a las sociedades industriales de un modo muy distinto que en las tradicionales. Un modelo exclusivista de vigor mental y físico se difunde a través de los medios de comunicación, en especial por medio de la publicidad, y se convierte casi en norma obligada y tribalmente compartida de cultivo de formas aparentes de salud corporal y psicológica.

TIEMPO E INFORMACIÓN

Estamos tan habituados a clasificar el acontecer en forma de noticias periódicas, que ni siquiera somos conscientes de que ese modo de aceptar y organizar la experiencia es característico de una época y de una civilización. Clasificamos lo que ocurre en forma de información de actualidad. Leemos los periódicos, escuchamos el diario informativo o vemos el telediario esperando lo imprevisto de modo casi ritual. Resulta así que nos hemos habituado paradójicamente a la extraña costumbre de esperar junto al desayuno que los ritos establecidos en la vida cotidiana se alteren con la sorpresa diaria de la información. Junto a esta construcción paradójica y social del tiempo, se produce también una aproximación del espacio, a través del periodismo. Necesitamos informarnos de lo que ocurre mucho más allá de nuestro espacio particular para orientarnos en nuestro entorno. Las sociedades particulares han dejado de ser autárquicas. Lo que ocurre lejos de nosotros no sólo nos conmueve o sorprende, sino que tiene interés objetivo para nuestras vidas. En suma, no sólo la información se ha convertido en un modo de mirar el acontecer, sino que ha llegado a ser un elemento imprescindible para nuestras vidas. Es un hábito mental tanto como una necesidad práctica. Por esta razón, los periodistas han llegado a convertirse en una profesión prototípica. Casi se puede decir que la tarea periodística expresa, mejor que ninguna otra, el rasgo dominante de la sociedad actual.

TIEMPO Y LITERATURA

Si hay algún motivo para pensar que el tiempo es multívoco, reside en el hecho de que el hombre sea un animal literario. La literatura tiene distintas relaciones con la temporalidad. Pueden distinguirse tipos de géneros por el distinto modo como relacionan el relato con el tiempo. La biografía, las memorias, se refieren a un tiempo real. Los mitos, las leyendas, a un tipo ancestral, en parte figurado, en parte legado. La tragedia, el drama, la poesía lírica, tienen relación con un tiempo interno. En general, puede decirse que hay un tiempo propio de la narración y que el relato es un método de construcción de una temporalidad distinta de la que podemos llamar real. A través de la literatura interna, el hombre puede superar, trascender o modificar el tiempo cosmológico que engloba la existencia humana. Hasta tal punto es capaz de trazar un tiempo diferente, que hasta los propios tiempos verbales que se usan en el relato y en la narración son distintos de los que se usan en la descripción histórica y

periodística. Cuando alguien dice “érase una vez”, entenderemos que está proporcionando al interlocutor una temporalidad distinta de la que los une en su situación.

TIEMPO Y EUROPA

La idea de que hay un espíritu europeo común es tan antigua, que muchos de quienes la profesaron antes de que comenzara a cristalizar como unidad económica se remontan en sus orígenes hasta Carlomagno. Ortega y Gasset fué uno de sus grandes promotores en sus conferencias en Berlín sobre "*Meditatio europa quedam*". En la actualidad, no se trata tanto de un asunto especulativo como práctico. Hemos pasado, en pocos años, de la Europa de los cinco a la Europa de los doce, el Mercado Común de la Europa de Maastricht. Pero mientras se producía esta transformación, basada en el criterio de consolidar primero una unidad económica como condición para una futura unidad política, se produjo, sin previo aviso, el extraordinario acontecimiento de la caída del muro de Berlín. Hasta hace un quinquenio, se pensaba en una Europa partida por la mitad. La unión europea política, democrática y liberal habría de servir de frontera de otra media Europa inspirada en el comunismo. Pero, desaparecidos los motivos para diseñar una unidad europea de confrontación, se puede pensar que la preocupación y la realidad han cambiado tan profundamente que es necesario un gran esfuerzo de imaginación y liberalidad para volver a pensar el rumbo que habrá de seguirse para integrar a esas sociedades, también europeas, todavía desorientadas y envueltas en una profunda convulsión de consecuencias difíciles de prever.

TIEMPO Y DEPORTE

La lucha contra el tiempo forma parte constitutiva de nuestra condición física y mental. En la vida diaria estamos sometidos a la disciplina del horario. Tenemos plazos para ejecutar un contrato, llegar a la oficina, presentar la declaración de hacienda, depositar una papeleta electoral, escuchar un telediario. Pero no todos los aspectos de la lucha contra el tiempo son constrictivos. Probamos nuestra capacidad para resistir el dominio del tiempo en la práctica deportiva, donde el agobio no se nos impone, sino que nos lo imponemos para experimentar, en la competición, nuestra capacidad y nuestros límites. Apurar una centésima de segundo en una carrera de cien metros, vencer al rival en la doble lucha a que nos

somete el cronómetro y el esfuerzo del contrincante, aumentar la velocidad por la pista sin perder el control de la máquina para llegar antes que el rival a la meta, utilizar el agua como palanca del impulso del navío mientras vemos que el contrincante realiza el mismo esfuerzo para intentar adelantarnos... Sabemos que hay un límite, una frontera imposible de superar, pero no sabemos, con exactitud, dónde se halla. Estamos seguros de que, al contrario de lo que asegura la fábula, Aquiles conseguirá alcanzar en algún punto a la tortuga, pero ni los médicos ni los propios deportistas saben explicarnos dónde se halla ese punto.

Estos son los siete temas que nos van a reunir durante dos semanas en la Biblioteca Nacional, que, gracias a la iniciativa de su directora, Carmen Lacambra, va a convertirse durante estos días en un centro de diálogo vivo, promotor del debate, y no sólo de letra impresa. Y, sin más preámbulos, ya que este comentario sobre el tiempo nos ha robado más tiempo del previsto, los participantes en esta primera mesa redonda tienen la palabra.